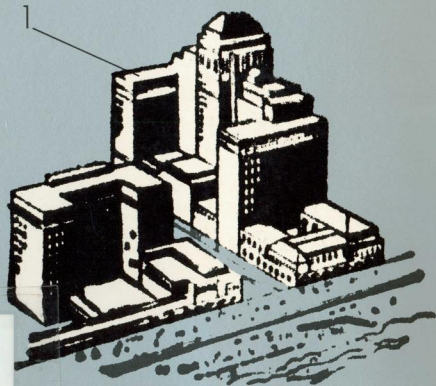


«Los ensayos recogidos en este volumen se refieren a las ideas generales encontradas en mi actividad de arquitecto y de historiador de la arquitectura: la "ciudad", la "ciudad antigua", la "ciudad moderna", la "arquitectura", la "arquitectura moderna", la "conservación" de la ciudad antigua (...) Puestas juntas y por orden de temas, forman un mapa de los problemas que tienen delante todos los estudiosos de la arquitectura.»

Así enuncia Leonardo Benevolo, profesor en la Facultad de Arquitectura de Roma, el objeto de este libro, espléndida introducción a la arquitectura y lúcido reconocimiento del estado actual de la disciplina. Entre otros temas, el autor estudia el desarrollo de la ciudad moderna en los países industrializados, el crecimiento caótico de las metrópolis del Tercer Mundo, las ideas del movimiento moderno de Gropius y Le Corbusier, la conservación de los centros históricos, el trabajo del arquitecto, la enseñanza de la arquitectura...

La ciudad y el arquitecto - LEONARDO BENEVOLO

# LA CIUDAD Y EL ARQUITECTO L. BENEVOLO PAIDOS ESTETICA



## LA CONSERVACION DE LA CIUDAD ANTIGUA

Ponencia en la reunión del ICOMOS de Brujas, 1975.

En la mayor parte de las ciudades europeas se conservan algunos edificios antiguos en el centro de las aglomeraciones actuales. Están circundados por algunas plazas y calles tradicionales. Las otras calles fueron ensanchadas, rectificadas o sustituidas por calles y barrios modernos. Las iglesias, los palacios y las casas antiguas están mezclados con edificios recientes y heterogéneos, y sobreviven en un cuadro completamente distinto del tradicional.

En estos casos ya no existe el organismo de la ciudad antigua, medieval, renacentista o barroca. Sólo quedan algunos edificios y algunos ambientes aislados en un nuevo organismo sustancialmente continuo del centro a la periferia. Con frecuencia, estos episodios edilicios ocupan un puesto de honor. Los monumentos sirven de fondo a las calles modernas, las torres de las iglesias todavía dominan el perfil de la ciudad, compitiendo con los rascacielos. La edificación moderna circundante conserva las dificultades y los refinamientos tradicionales para «ponerse a tono», como se dice, con la presencia de los edificios antiguos. Son restaurados los monumentos más importantes y mantenidos como nuevos, aun al costo de enormes gastos.

Todo eso no hace más que acentuar el contraste entre la ciudad antigua desaparecida y la ciudad nueva construida en su lugar, donde los lotes privados son utilizados y reutilizados continuamente según las exigencias de la renta inmobiliaria, dentro de los límites impuestos por la red de los libres accesos y de los reglamentos públicos. Este modelo urbano que se

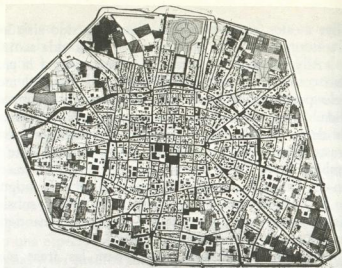
forma en la mitad del 1800 a través de un acuerdo entre la administración y la propiedad inmobiliaria y que hemos propuesto llamar «ciudad posliberal», es incompatible con el organismo de la ciudad precedente y, de hecho, conduce a su destrucción, asimilando las calles antiguas a la «*rue-corridor*» moderna, e interpretando los edificios antiguos como unidades inmobiliarias independientes e intercambiables. Al mismo tiempo, le pide prestado a la ciudad antigua el prestigio formal del cual siente la falta, y es por eso que no lleva su destrucción a fondo. Selecciona algunos de los edificios más ilustres para conservarlos en una especie de museo al aire libre, así como las estatuas y los cuadros sacados de las iglesias y de los palacios y colocados igualmente en los museos cerrados. Los monumentos y los ambientes característicos deben coexistir con las estructuras y los servicios de la ciudad contemporánea, ya que el interés formal tiene un puesto circunscrito entre los otros intereses heterogéneos de la ciudad burguesa: los monumentos y las obras de arte tienen la calidad que falta en el ambiente común, y permiten experimentar, como pausa y recreación intermitente, la armonía que se ha perdido en el resto de la ciudad y de la vida cotidiana.

La conservación de estos productos aislados plantea un problema circunscrito, cultural o «estético», como se dice. Es necesario hacer valer el interés especializado por el testimonio histórico y por la forma artística, junto y, a veces, en contra de los intereses económicos y productivos, que en la ciudad contemporánea se han vuelto independientes de los primeros. Todos saben lo difícil que resulta este enfrentamiento. ¿Cuál es el equivalente económico de una imagen o de un recuerdo? ¿Hasta qué punto se puede sacrificar la funcionalidad o el rédito del ambiente contemporáneo para conservar una parte del ambiente heredado de la historia pasada? Los estudiosos del futuro podrán medir el precio que nuestra época atri-

buye a estos intereses, después que han sido aislados y contrapuestos a los otros aspectos de la vida actual.

Al profundizar este tema, se llega a juzgar la ciudad contemporánea en su conjunto, es decir, el modelo posliberal, todavía predominante en gran medida. Si se rechaza este modelo (una de las formas de darse cuenta es, precisamente, el inadmisibles contraste entre belleza y utilidad, entre obra de arte y ambiente), se hace importante considerar los casos en los cuales la transformación de la ciudad antigua se ha detenido por alguna razón, y ha dejado subsistir el tejido antiguo, en forma tal que se mantiene configurando un organismo unitario.

Esto es válido, sobre todo, para las áreas más densamente pobladas de la Europa medieval: Italia central, la llanura del Po, el territorio entre el Loira y el Rhin estudiado por Ganshof en 1943. La civilización medieval produjo grandes metrópolis comparables a la Roma antigua o las capitales árabes contemporáneas: Bagdad, Córdoba, Palermo, pero también un gran número de ciudades medias, con una superficie que va desde las 300 a las 600 hectáreas y una población entre 50.000 y 150.000 habitantes. Algunas de estas ciudades —París, Bruselas, Milán, Colonia— crecieron en exceso en la época moderna y el organismo medieval ha sido casi completamente destruido, si bien algunos de sus caracteres estructurales siguen influyendo con sorprendente eficacia en el cuerpo mucho más grande de la ciudad contemporánea. Basta pensar en la diferencia entre la *citè*, la *ville* y la *université* en la estructura de París. Muchas otras en cambio —Venecia, Verona, Bolonia, Florencia, Pisa, Siena, pero también Gante, Brujas, Lovaina, Aquisgrán, Lubeckhan— han sido recortadas fuera de las líneas maestras del desarrollo sucesivo, y han sido transformadas sólo parcialmente. El centro histórico de estas ciudades es un organismo unitario y muy diferente del círculo de barrios periféricos; la red de las calles y de los canales todavía



Figs. 11-12.  
Bologna. El organismo  
ciudadano en  
la primera parte del  
800 y el centro  
histórico actual,  
donde los edificios  
antiguos protegidos  
(en negro) todavía  
forman un sistema  
unitario.

corresponde, en parte, a la ciudad antigua, es decir, que forman un sistema coherente en el cual las calles nuevas aparecen como episodios parciales. Los bordes de la población todavía están marcados por las murallas y los fosos, o por las avenidas y los espacios verdes que los han reemplazado; las casas antiguas todavía forman la mayor parte del tejido edilicio actual, de manera que las casas modernas se distin-

guen como excepciones más o menos evidentes (véanse figuras 11-12). En este ambiente físico vive y trabaja una población con una relación entre vida y ambiente que todavía se puede comparar a la de la ciudad antigua, y con una historia que se relaciona, sin discontinuidad, con los hechos del pasado. Los oficios, los hábitos, los recuerdos familiares y sociales, con frecuencia tienen origen en el pasado remoto, y son testimonios vivientes de la vida de un tiempo, no menos preciosos que las piedras, las telas y los libros.

La conservación de estos organismos, que comprenden el cuerpo físico y el cuerpo social unidos entre sí, plantea un problema muy distinto del anterior, no sólo en lo que se refiere a los métodos sino también a las motivaciones y a los objetivos. Por cierto, no interesan como ornamentos secundarios de la ciudad contemporánea, sino como muestras de un ambiente heterogéneo más antiguo por su origen y, al mismo tiempo, más moderno por vocación y virtualidad de desarrollo. Hoy, en efecto, se contraponen un modelo diferente a la ciudad posliberal. Un modelo al que conviene atribuir el nombre de «ciudad moderna». Los barrios y la ciudad nuevos, que están diseñados y urbanizados directamente por la administración pública, se pueden convertir en anticipos del modelo alternativo, o también quedar englobados en el modelo precedente como excepciones aisladas y poco relevantes. La confrontación (más favorable en algunos países y menos favorable en otros) no está nada decidida en su conjunto. El intento de conservar los centros históricos se encuadra en esta alternativa y pone en evidencia su carácter global que contempla todo el ambiente construido. En efecto, los centros históricos todavía habitados se convierten en la demostración concreta de que el modelo posliberal no es inevitable. Ayer fue posible construir un entorno diferente que todavía funciona, y mañana será posible construir un nuevo entorno que respete

los mismos valores esenciales, de los cuales ya forman parte ideal los antiguos habitantes. No nos interesan, entonces, porque son bellos o porque son históricos, sino porque indican una posible transformación futura de toda la ciudad en la que vivimos.

La convivencia entre el centro histórico y la periferia no es cómoda en ninguno de los casos que hemos mencionado hasta ahora. Los espacios libres de la ciudad antigua han sido colmados; las calles están invadidas por un tráfico incompatible por la intensidad y las características técnicas, o deben defenderse con la prohibición del tránsito de vehículos. Los márgenes externos no limitan con el campo sino con las masas compactas de los barrios periféricos del 1800 y de principios del 1900; un gran número de casas antiguas han sido transformadas en oficinas o almacenes comerciales, conservando a duras penas su apariencia exterior. Todas estas modificaciones comprimen y degradan la coherencia formal y funcional de la ciudad antigua y son la consecuencia de la incompatibilidad estructural entre los dos organismos. Pero la sorprendente resistencia de la compaginación histórica a estas transformaciones demuestra que el mecanismo posliberal puede ser contrastado y suspendido.

La intervención pública puede individualizar y reforzar la coherencia del organismo antiguo, entendido en su significado más amplio (escenario físico, población y actividad); puede corregir sus carencias actuales, físicas, demográficas, funcionales y productivas, utilizando el modelo tradicional como término de comparación y de estímulo; puede compensar y, como perspectiva, cambiar, la actual debilidad estructural del organismo antiguo respecto al organismo moderno que lo incorpora. Hoy se reestructura el centro histórico partiendo de la periferia, mañana, quizá, podrá reestructurarse la periferia partiendo del centro histórico. El juego no es, por cierto, el arreglo

de una zona de la ciudad especial y privilegiada, sino una forma de concebir toda la ciudad futura, de modo que verdaderamente pueda ser llamada «ciudad moderna».

En esta perspectiva, el problema de la conservación del centro histórico es, principalmente, un problema social, porque el objeto a proteger es una calidad de vida, no una forma de contemplar. Esta calidad se puede definir de un modo científico, usando los métodos de investigación social, y ya no depende de los sutiles razonamientos sobre el valor histórico y artístico, que por su margen de inseguridad son siempre perdedores frente a los razonamientos económicos. Los técnicos y los estudiosos tienen el deber de formularla con claridad, y los ciudadanos pueden transformarla en un objetivo político, aceptándola y defendiéndola como una alternativa de vida.

Los centros históricos que sobreviven en Italia son particularmente numerosos e importantes. Las defensas urbanísticas son, todavía, muy poco adecuadas, pero la persuasión general de que se las debe mantener intactas ha funcionado, en gran medida, en la gestión concreta. Así, muchos de estos centros están prácticamente íntegros en el momento actual, y las destrucciones proyectadas por los planes reguladores tradicionales (hasta la década de 1950) han quedado, en buena parte, como letra muerta.

Ahora se está haciendo un serio intento para inventar una nueva disciplina urbanística orientada en el sentido que hemos explicado antes. En los últimos cinco años esta disciplina ha sido elaborada contemporáneamente en varias ciudades del área septentrional y central —Bérgamo, Brescia, Como, Pavía, Savona, Verona, Vicenza, Bolonia, Ferrara, Módena, Siena— con actuaciones separadas pero con resultados ampliamente convergentes. Trataremos de resumir punto por punto estos resultados, que ahora están ofrecidos para la discusión internacional.



cos (Bolonia, octubre 1974) y ha sido retomado en la declaración final. Pero si el fin aparece claro, los medios para alcanzarlo todavía son controvertidos. En efecto, es necesario dirigir la intervención pública hacia la sistematización de las zonas ya construidas, en lugar de hacerlo hacia la formación de nuevas zonas. Las leyes y los procedimientos tradicionales, ideados para las periferias, no pueden ser aplicados a los centros antiguos así como están. Son necesarios otros instrumentos que todavía deben ser puestos a punto y probados por la experiencia.

b) En segundo lugar, el organismo de la ciudad preindustrial está caracterizado por una relación estable entre edificios y terrenos; los edificios no son intercambiables, sino que cada uno está hecho para ocupar a largo plazo, en la práctica indefinidamente, un lugar en la ciudad. Por eso en los centros históricos son ineficaces los instrumentos habituales de planificación urbanística, creados para controlar los caracteres cuantitativos de un tejido que se construye y reconstruye continuamente: la zonización y el reglamento edilicio.

El organismo del centro histórico es un conjunto de hechos —edificios y espacios libres— que debe ser relevado y reglamentado en la escala arquitectónica. Para reconducir los infinitos casos particulares de cada uno de los edificios en categorías menos numerosas, es necesario reagruparlos en clases tipológicas, es decir, reconstruir los modelos de proyecto que han servido para realizarlos en su momento y que hoy sirven para establecer las formas admisibles de conservarlos y transformarlos (véanse figuras 13-14).

Sólo en relación con la tipología es posible formular normas precisas y eficaces para la restauración de edificios. Las normas generales aplicables al conjunto de una ciudad antigua deben hacer referencia a conceptos abstractos como la «integridad», la «autenticidad», el «carácter», o vagos y opinables como

el «valor artístico», la «importancia histórica», y demás, por lo que resultan imprecisos y no vinculables en cada caso. En cambio, las normas referidas a un modelo tipológico se hacen concretas y pueden catalogar exactamente las cosas inalterables (estructuras, terminaciones, materiales), las cosas alterables y las cosas nuevas que se introducen en el organismo antiguo.

Las referencias a las tipologías también sirven para dirimir la vieja discusión sobre la coexistencia entre antiguo y nuevo, que por tanto tiempo ha desviado los estudios teóricos y las experiencias prácticas. Existen algunos productos en los cuales la autenticidad material revela algunos valores no reproducibles, o sea que el proyecto se confunde con la ejecución y no puede ser repetido: pinturas, esculturas, pero también mampostería y estructuras edilicias, en las cuales las variaciones de texturas son frecuentes y significativas. En estos casos el producto original no es reproducible, pero en todos los otros casos, una vez reconocido el modelo de proyecto, la ejecución puede ser rehecha más o menos fielmente. En esta forma se pueden sustituir mamposterías, carpintería, terminaciones y, como límite, reconstruir edificios enteros desaparecidos, si basta con repetir una vez más un tipo ya repetido en el pasado y conocido con suficiente precisión. Esta transgresión de las reglas tradicionales de la restauración es vivamente criticada por los especialistas que exigen la auténtica preservación del organismo edilicio pero no del organismo urbano; es decir, admiten la conservación de algunos edificios aislados, la demolición y la reconstrucción «libre» de todos los otros. De hecho, la restauración se ha codificado como un tratamiento excepcional para algunos edificios notables (los «monumentos»), y el verdadero objeto de la crítica es la conservación del conjunto de la ciudad, que se inserta, tal como se ha dicho, en una perspectiva de desarrollo alternativa a la que está vigente. Si el

concepto de restauración se extiende a la ciudad, los edificios se convierten en piezas para mantener en el caso que existan, o piezas para sustituir si faltan, para completar la integridad del organismo en su conjunto, tal como se hace con los ladrillos o las columnas de un edificio. En cambio, se vuelven inadmisibles las inserciones de edificios nuevos en la misma escala de los antiguos, y se hace inútil preguntarse si debieran ser «ambientados» o «francamente modernos». En un centro histórico pueden estar sólo los edificios que forman su estructura original, conservados, restaurados o, a lo sumo, sustituidos con un margen de fidelidad razonable, según los modelos tipológicos originales.

c) El verdadero espacio de maniobra para adaptar un centro histórico a las exigencias de la vida contemporánea está en las zonas ya alteradas en el interior o en los bordes del conjunto antiguo. Son las zonas ya agredidas por el desarrollo posliberal, y, según este desarrollo, destinadas a agrandarse posteriormente, destruyendo el resto del tejido antiguo. En cambio, si se quiere contrastar e invertir este desarrollo, deben ser consideradas como lagunas en el organismo original que deben ser desocupadas y recuperadas para poder utilizar mejor el tejido auténtico que las circunda.

Cuando estas lagunas son pequeñas y los edificios que las ocupan pueden ser llevados a las tipologías conocidas, es posible llenarlas y reconstruir productos equivalentes, tal como se dijo en el punto *b*. Pero si son más grandes, sólo resta tratarlas como espacios vacíos disponibles al servicio del organismo antiguo entero. Aquí es posible colocar los elementos modernos que faltan y que no se pueden insertar en los edificios o en los espacios libres originales de la ciudad antigua, sobre todo las sistematizaciones del terreno —zonas verdes, campos deportivos, aparcamientos—, así como también edificios heterogéneos

en relación con los antiguos: hospitales, escuelas; etc. Sólo en estos casos se presenta con legitimidad la posible inserción de obras arquitectónicas modernas en la ciudad antigua, justificadas, precisamente, por la amplitud de los vacíos en los cuales deben surgir, con el corte y la libertad espaciales indispensables a la arquitectura moderna.

La técnica de esta recuperación de las zonas comprometidas, que Insolera ha llamado «sustitución urbanística», es todavía incierta y difícil. Los edificios recientes que ocupan alguna de estas zonas son, por definición, intercambiables, y de hecho serán nuevamente demolidos y reconstruidos en el tiempo debido. La intervención pública debiera insertarse primero en el juego de las amortizaciones, para sincronizar las transformaciones y obtener la sistematización unitaria de la zona. Luego, hacer valer el interés general para sistematizarla como un vacío al servicio del organismo antiguo adyacente, contra los intereses particulares de explotarla por su cuenta, es decir, construir otros edificios más densos y más costosos incautando la renta de posiciones crecientes. Para la primera operación alcanzan las relaciones urbanísticas normales (la prohibición de las iniciativas individuales y la obligación de compartir); para la segunda, en cambio, faltan ampliamente los medios financieros y los instrumentos jurídicos. En esta situación es necesario, al menos, salvar la posibilidad de una intervención futura, es decir, evitar toda reinversión de dinero en la zona, que haría que recomenzara desde el inicio el ciclo económico de los edificios individuales o del conjunto.

Esta inversión de la tendencia de la intervención moderna —que en el pasado demolía los barrios antiguos asimilándolos a las zonas ya modernizadas, y en el futuro debería demoler el moderno agregado según las exigencias del organismo antiguo— vale como dirección programática general.

La arquitectura moderna es la búsqueda de una

alternativa, en gran medida aún contrastada y no actual, al mecanismo urbano posliberal. Mientras faltan los presupuestos para sustituirlo con un nuevo mecanismo generalizado, el actual sólo puede ser contenido y parado, no ilusoriamente corregido. El centro histórico elude de entrada al mecanismo vigente. Se ha formado en un pasado más lejano y es, con frecuencia, el único elemento aceptable del asentamiento existente, listo para ser insertado en la futura ciudad moderna. El primer paso de este programa es la defensa del centro histórico y la contención del desarrollo periférico. El segundo es el nuevo proyecto del cuerpo de la periferia partiendo del centro histórico y del ambiente natural como términos fijos de la ecuación proyectiva. La opción de destruir o conservar los centros históricos remite, entonces, a una alternativa más general: la confirmación de la ciudad inhabitable en la cual vivimos («estas aglomeraciones que será necesario demoler», dice Le Corbusier en su último trabajo) o el intento de contraponer un nuevo ambiente de vida más justo y más humano.